



La escritora
Elisa Victoria,
retratada en
Barcelona.
SANTI
COGOLLUDO



pabellones de la exposición, Curro, la Cartuja... se creó una comunidad muy fuerte. Lo flipamos. Luego, cuando la Expo pasó, vimos que no era para tanto, que los problemas que teníamos antes seguían allí. Nos creímos que aquello era Tokio, y no». Algo de esa resaca hay en la novela, que tiene de fondo la sequía del 93 y todas sus agobiantes advertencias y restricciones. «Recuerdo que había pegatinas en cada grifo, que no podíamos gastar ni una gota de más. En Sevilla el verano ya de por sí es difícil, pero aquel fue especialmente complicado de soportar. Quería reflejar esa sensación de desinflé».

El extrarradio de Sevilla es el escenario de la novela, que se mueve entre lo ligero y lo serio con pasmosa facilidad, a lomos de un costumbrismo algo nostálgico y contagioso (la Carmen Sevilla del telecupón y las meriendas frente a la tele) alternado con dosis de realismo agríndice, como esos Reyes Magos cutres que le traen un regalo decepcionante o el agotamiento de la madre, que hace presagiar lo peor. Marina sabe que a su madre le pasa algo y que es grave, aunque nadie se lo haya dicho. Ella la consuela haciendo lo que mejor se le da: ejerciendo de niña. «Los niños son conscientes de que pueden aportar una magia especial a las vidas de sus padres, aunque no

madre la instruye en los peligros que aguardan ahí fuera, encarnados en la desaparición de las niñas de Alcácer que marcó a toda una generación. «El discurso que te inculcaban era el del terror, del pánico. Te decían que los hombres eran peligrosos, que ahí fuera había gente dispuesta a hacerte daño y que subirte a un coche de un desconocido era como estar muerta».

Marina no tiene una familia normal y a veces sueña con cómo sería tener hermanos y un padre de verdad y vivir siempre en el mismo sitio, en una casa con habitaciones para todos. Pasa mucho tiempo con su abuela, una figura

punk a la par que entrañable que encadena un cigarrillo tras otro mientras le echa piropos a Felipe González cuando sale en la tele y siempre está dispuesta a hacerle unos filetes de carne empanada. Su madre, cariñosa pero algo ausente y debilitada por una enfermedad misteriosa, tiene un novio que no es exactamente un padre ni un amigo, pero que Marina tolera porque tiene cómics que se convertirán en la puerta de entrada a un mundo emocionante, con el brillo de lo prohibido. «Yo nunca me he sentado en las rodillas de un padre como nunca he tocado la nieve, pero sé que la gente del norte fantasea con el verano sureño como si fuera un oasis de palmeras y alegría cuando para mí acaba siendo poco más que una charca seca en la que las pobres ranas se mueren de sed», reflexiona Marina, muy juiciosa ella.

Respecto a lo de Felipe González: ahora podrá parecer algo risible, pero Victoria recuerda perfectamente que cuando era niña existía un «fenómeno fan entre señoras» con el líder del Partido Socialista, que desataba pasiones especialmente en Andalucía. Y luego está el subidón colectivo de la Expo 92. «Ahora lo recuerdo y veo que no era para tanto, pero en Sevilla aquel verano nos creímos el centro del mundo. Los

Elisa Victoria es la autora de 'Vozdevieja', una niña que piensa en la muerte y en el sexo en la Sevilla de extrarradio que amaneció, con resaca y sequía, después de la Expo 92. Una novela terna y oscura.

se crean esa magia. Saben que un beso suyo hace que una madre se derrita y eso es un gran fuerza, un poder que está a su alcance. Para los adultos es como un placebo», opina Victoria.

La autora se mudó a Madrid hace dos años.

Es periodista *freelance*. La diferencia principal con Sevilla es que todo está más cerca, al alcance de la mano. «Antes eras fan de alguien en la distancia, ahora puedes hasta quedar y tomarte una cerveza con él», explica. «La actividad cultural de Madrid es enorme, hay muchísimas exposiciones, presentaciones, de todo», añade, «pero con el tiempo me he dado cuenta de que si vas a todos los eventos entonces no haces nada. Y el momento de reflexión es necesario».

Fan de la prosa experimental de Clarice Lispector y de Pessoa y Wittgenstein, Victoria se declara un gran admiradora de John Fante, el santo patrón de aquellos que luchan por dedicarse a la literatura porque encarna mejor que nadie el entusiasmo y la ambición del *loser* entrañable. El autor de *Pregúntale al polvo* combina muy bien «lo costumbrista con lo filosófico en lo cotidiano», dice Victoria, y esa fórmula se acerca mucho a lo que es *Vozdevieja*: un relato tierno y conmovedor, lleno de luz y una pizca, la justa, de maldad, que trasciende y emociona sin caer en lo sentimental.

LITERATURA

SEVILLA NO ES TOKIO



LETICIA
BLANCO

«Los niños no somos mejores que los adultos, pero a ellos les gusta pensar que sí, que estamos llenos de pureza y magia», dice la protagonista de *Vozdevieja* (Blackie Books), una niña de nueve años que todavía juega con sus muñecas Chabel mientras su universo se resquebraja poco a poco: a un padre ausente hay que sumarle una madre enferma, siempre cansada, que se plantea enviarla a un convento de monjas.

Su autora, Elisa Victoria, con-

fiesa que escribió *Vozdevieja* bajo una suerte de «posesión infernal» («te viene la idea, te atrapa y ya no puedes pararla»), en busca de una voz infantil que estuviera llena de matices: inocente y luminosa pero no exenta de oscuridad. «Es que los niños también piensan en la muerte y en el sexo, pero hablar y escribir sobre ello se ve casi siempre como un problema porque es embarazoso y todavía un poco tabú. Yo creo que se trata de encontrar el enfoque adecuado», opina.

Marina, la protagonista de *Vozdevieja*, asiste al despertar de su propia sexualidad mientras su

Elisa Victoria viaja a la Sevilla de su infancia, la de la resaca tras la euforia de la Expo 92, para contar la historia de una niña de nueve años que no es tan inocente como creen los adultos que la rodean.